



La magia del Perdón

por ROLANDO LIENDO

Cuentan que dos judíos que habían permanecido en los campos de exterminio nazi se reencontraron 10 años después de su liberación. Uno de ellos le preguntó al otro: “¿Ya perdonaste a los nazis por lo que nos hicieron?”, a lo cual el otro replicó “A esos malditos jamás los voy a perdonar”. Con profunda tristeza su amigo agregó: “Tengo que darte la ingrata noticia de que tú aún permaneces en sus cárceles”.

Cuando hablamos de perdonar muchas veces asociamos este acto a una donación o a un gesto de generosidad hacia la persona que fue nuestra agresora, por consiguiente la receptora de nuestro perdón. Es más, consideramos que el agresor debe merecer ser perdonado y no podemos perdonarlo hasta que suceda tal. En realidad, el perdón sí es una donación y un gesto de generosidad, pero hacia nosotros mismos. El primer beneficiado en un acto de perdón es la persona que perdona. En el caso del judío mencionado anteriormente, el odio y probablemente sus sentimientos de venganza y revancha no le permitieron avanzar; es decir, sigue encarcelado. Bien dicen que “odiar es un veneno que uno consume diariamente, pensando que está matando a su agresor”.

También pensamos comúnmente que el perdón es algo divino —un tema de curas y sacerdotes— y lo que “se hace en la tierra se paga en la tierra”, “perdono pero no olvido”, “el dolor jamás se olvida”. Toda una serie de frases impregnadas en la mente que impiden que a través del perdón las personas puedan sanarse, vaciar sus pesadas mochilas y continuar su vida libremente.

ESPERE, la Escuela del Perdón y la Reconciliación, trabajó una metodología muy interesante, con el apoyo de la Universidad de Harvard el año 2000, para lograr perdonar. Esta escuela fue fundada con el objetivo de lograr la construcción de la paz en Colombia y alejar ese país —azotado por el terrorismo durante años— de la revancha y la venganza. Los hijos de los civiles y militares muertos o heridos querían vengar a sus padres y los hijos de los terroristas también querían hacer lo mismo. Como resultado de esta situación, cada nueva generación era fuente de mayor violencia. Por ello, era necesario perdonar para volver a empezar. Aquí en el Perú tuvimos una Comisión de la Verdad y la Reconciliación, pero no una del Perdón, que es por donde debemos empezar. Por eso es difícil reconstruir la paz.

El perdón dependiendo de los escenarios y circunstancias no es una tarea fácil, por eso requiere de una metodología; pero sí es una tarea posible. Somos humanos y diariamente podemos cometer una serie de errores que deben ser perdonados. Por ejemplo, una persona puede necesitar perdonar a su padre por haberlo abandonado cuando niño o por haberlo descuidado o por ser un padre que únicamente procura su bienestar material o por no estar en los momentos que él más lo necesitaba, entre miles de otras circunstancias que es posible perdonar.

La primera fase en el proceso del perdón es la decisión de perdonar. Debemos precisar que el perdón no es el sacrificio de la verdad y la justicia; los hechos no van a cambiar, ya se dieron; lo que sucederá luego de perdonar, es que la persona podrá recordar los hechos pero ahora sin dolor. El perdón tampoco es impunidad o pretensión de amnesia. El perdón va por una vía alterna que le permite “al agredido” sanar sus heridas y continuar su camino de vida plena. Una segunda fase de este proceso del perdón, es la humanización del agresor. ¿Quién era el agresor? Por ejemplo, se podría descubrir aquí que el agresor trataba a los hijos, como a él y a sus hermanos los había tratado su padre; entonces lo que él hacía inconscientemente era repetir modelos y no pudo romper la cadena. Esto podría servir como atenuante en este proceso, que consta de 10 fases y viene siendo aplicado en diversos campos.

El perdón ya no es algo sólo divino; es una maravilla terrenal.

